

MIGUEL ANGEL ASTURIAS: UNA ESCRITURA AMERICANA.

El que recibe el Premio Nobel de Literatura en 1967, a los 68 años, no ha dejado de trabajar con ahinco, de luchar apasionadamente por/para la dignidad de su tierra, la cual implicaba una rehabilitación de un amplio patrimonio cultural a la par que la emancipación de un yugo político que — desgraciadamente — sojuzgaba a Guatemala casi de continuo desde el advenimiento del régimen republicano en el primer cuarto del siglo XIX (1). Con su obra **Los ojos de los enterrados** que empieza a escribir en 1952 en Buenos Aires — tras su visita en 1949 a las plantaciones de la United Fruit Company ubicadas en las costas atlánticas y pacíficas de su país — y que publica en 1960, Miguel Angel Asturias elabora un verdadero fresco histórico que cubre los catorce años que dura la dictadura del Presidente y General Jorge Ubico. Este político que conquista el poder en 1930 gracias al apoyo de Estados Unidos instaura un gobierno despótico que respaldan los norteamericanos por los cuantiosos intereses que tienen en esta parte de Centroamérica y que se han multiplicado con las importantes concesiones de tierras que les ha otorgado este Presidente, particularmente en los primeros años de su mandato(2): “Como todos los gobiernos de fuerza — comenta un personaje de la novela —, cree que prestigio y sembrar el terror es la misma cosa, y no hay nada que aterrorice, que acobarde más que la muerte.” (3). Con lo que al que inciensa con superlativos como “el infinitamente jefe”, “el infinitamente complaciente”, “el infinitamente poderoso”, “el infinitamente grande”, le atribuye el escritor el apodo metafórico de la *fierra* (4). Y dentro de este marco histórico bastante bien delineado Miguel Angel Asturias restituye — con su ficción narrativa — el largo proceso de maduración de una concienciación política a nivel del conjunto del pueblo guatemalteco. Su escritura, ni que decir tiene, se pone al servicio de una causa que no sólo tiene un carácter nacional sino que pretende abarcar al mismo continente hispanoamericano al que se le plantean problemáticas idénticas. Dicha causa necesita ser difundida, propagada, por todos los medios adecuados, oportunos; dicha causa ha de ser mediatizada: está convencido el escritor que es, entre la pluralidad de medios existente, un medio de expresión de esta causa con un texto que la ilustra, la apoya, la hace cundir por las esferas de determinado público. Escribir en América, sobre América será ante todo para el autor anclarse en una realidad compleja y reivindicar para ella un estatuto de autodeterminación.

* * *

Se abre la novela con la evocación de una ambientación característica de la capital del país: la presencia norteamericana que sólo se manifiesta

por medio de una borrachera perpetua que se celebra día y noche en el salón Granada. Cuando no trabajan en la base militar cercana a la ciudad acuden con premura los soldados a este bar "pidiendo whisky, cerveza, ginebra, coñac, rón, entre manotazos amigables, *clinchés* boxísticas y las acrobacias de los que agarrados a la barra del bar, desde las horas de la mañana, por instinto prensil, se despegaban de los asientos, soltaban la barra y se iban trastumbando para dejar lugar a los compañeros del relevo." (5). Dicha presencia, a la par que denota la intromisión estadounidense en la política local, infiere, como consecuencia lógica, la implantación de una cultura dominante, de productos culturales, debidos al poder económico que genera esta misma presencia. Prueba de ello: los jóvenes de la sociedad encopetada que en el salón de té de al lado del salón ya aludido pretenden dar a su existencia un cariz cinematográfico americano sea imitando a las grandes estrellas de la pantalla sea reviviendo famosas escenas de película, o todavía esta muchacha, "una criollita modosa, con más películas en la cabeza que las bodegas de la *Metro*", que baila con su John "por hacer la conquista, no porque le faltaran enamorados, tenía por cientos la docena, sino por la novedad y porque se parecía a su soñadísimo (6): "Se curvaba lo más que podía. Frotar la comba de su fino vientre a la hebilla del cinturón militar de John. La hebilla con la estrella dorada de los aviadores. En la última película, su John hacía el papel de soldado herido en el frente de batalla...¡ Tan redivivo que estaba!"(7). Impacto profundo del cine que dicta un comportamiento social, impacto también del idioma norteamericano que por su poder de fascinación entre los estratos más acomodados de la sociedad lo impregna todo hasta tal punto que unos indígenas reniegan de su mismo apellido "americanizándolo": "...se cambiaron el apelativo para aparentar de extranjeros" le comenta la Consusino a don Sixto (8). Y el ejemplo más destacado es el que nos proporcionan los Cojibul que ahora se hacen llamar Keijebul: "¡ Keijebul un nacido de a saber qué india culona! sigue comentando la Consusino. No lo conozco, pero el señor Nepo dice que tiene cara jicaque, y que por más que se agringueye el apellido, no puede pasar por gringo, porque por allá con ellos no hay gentes con la rabadilla verde." (9). El balance final se imagina sin dificultad alguna: una aculturación más o menos lograda que no deja de plantear cuestiones fundamentales relativas a la integración nacional de estos ciudadanos, a su postura de casi apátridas. El resultado de todo aquello es " Una runfia de niños que hablan inglés, que visten como gringos, que viven como gringos, algunos casados con gringas, que no se siente de aquí habiendo nacido aquí...; ¿Concibe usted algo peor, no ser uno de donde nació? — pregunta la Consusino. Es peor que ser extranjero, es ser un desgraciado." (10). No podía omitir, por supuesto, tal faceta en su intento de *representación*, de *aprehensión* de la realidad guatemalteca el escritor que — aunque su

enfoque de la presencia norteamericana sea muy peculiar — opina que una de las características de la novela hispanoamericana es ser un *documento*(11). Documento tratado diferentemente según las sensibilidades propias de cada uno de los escritores, claro está, pero documento, al fin y al cabo, que es emanación de una realidad multiforme explotable según varios puntos de vista. De ahí que no se valga el escritor de la mismas disposiciones mentales e ideológicas para el tratamiento del pueblo ralo.

En efecto para quien defiende en 1923 su tesis doctoral sobre **El problema social del indio** (12), para quien se marcha en 1924 a Londres con objeto de investigar en el fondo de los documentos de Centroamérica del British Museum, para quien luego se afinsa en París y asiste en La Sorbona y en la Escuela de los Altos Estudios a clases sobre las civilizaciones centroamericanas, impartidas por Georges Raynaud, Paul Rivet, etc., su mayor interés radica en lo *indoamericano*, como dirá más tarde(13). Es de notar, en efecto, que presta más atención a cuantos forman la sociedad de los de abajo, a los humildes cuya tipología física podría resumirse en este retrato hecho a grandes rasgos: "...un campesino enjuto, barbilampiño, de ojos achinados."(14) Exponentes de esta capa social de la capital serán los fregonos del salón Granada, los trabajadores que extraen la cal en las Caleras del Norte o todavía los ceniceros que recogen la ceniza en las casas de la ciudad para la producción del jabón, "el sombrero de paja viejo encasquetado hasta las orejas, el cuello de la chaqueta de jerga rota de los codos, medio levantado, descolorida la camisa de apariencia de basurero o de haber sido sacada de alguna quemazón, y los pantalones escurridizos, lloovidos sobre las piernas y con sendas rodilleras. El cordel al hombro, el doble saco de yute al brazo, las manos enguantadas de polvo de ceniza, y el andadito de indio que ha dejado el trote y que sigue echando pedradas al hablar, al preguntar a la puerta de las casas "Tenés ceniz?".(15) Estos ceniceros que una vez terminada su faena se acercan al anochecer a "sus casuchas construidas con pedazos de tablas, latas y cartones."(16).

Este método de observación de la realidad urbana que nos revela el escritor a través de unas de sus múltiples facetas, seguirá vigente en lo que toca al paisaje, que sea, por ejemplo, el montañoso o el costero: siempre oscila Miguel Angel Asturias entre lo meramente observado y el comentario que genera en él la observación. Cuando la protagonista de la novela, Malena Tabay, llega a los alrededores de Cerropón, pequeño pueblo perdido en la Cordillera del sur, para ocupar las funciones de maestra de escuela en este último, su aprehensión del relieve accidentado, austero, corre pareja con una reflexión muy acertada sobre el tiempo en tales parajes que pone en tela de juicio una problemática de organización política del espacio: "Las alternativas peligrosas de aquella ruta de deslaves

entre barrancos sin fondo, piedra y arena, arena y piedra, le permitían dar forma de grito al sentimiento de pavor con que iban entrando, por entre los pliegues de la cordillera, a un mundo desnudo, desierto, y de pedregales, donde la tierra, vegetal, quemada por la erosión, se replegaba en las más altas cumbres.

El camino aliviado de las primeras pendientes, tal vez las más acentuadas, se deslizaba por una planicie regada de pinos, milpas secas, pajonales y ranchos abandonados, de esos que ocupan en la época de la siembra y de la cosecha..."(17) En este contexto espacial de aislamiento casi total y de fuerte desertización el tiempo está estancado: "El tiempo aquí no cuenta, no existe, — comenta Malena... Cuando vine, el mismo día de mi llegada me advirtió una mujer en cuya casa me hospedaron... Segun ella el cochero que me trajo de la estación del pueblo, Cayetano Duende, era el que más sabía del tiempo infinito, del tiempo que no existe, tiempo en el que el ser queda sumergido como en un sueño."(18) Igual procede el autor para el ambiente costero: "Los pueblos de la costa, lejos de mejorar, empeoran. Calles de tierra, casas de chichicaste(19)... Arboles de sombra de follaje duro, cercas, platanos, guarumos, tunales, patios con lazos de ropa tendida, otros ocupados por pequeños hornos, obrajes, pozos ciegos, en algunos un cuero de res estacado, secándose sanguinolento y lleno de moscas de zumbido rabioso, ranchos de paja retostada, casas de adobe y techo de láminas acalanadas en las que el calor se afilaba las uñas."(20) Y como para dar una nota más sombría a tal cuadro pueblerino desheredado, la presencia de un sol que más bien se revela en tanto que plaga suplementaria que aguantar, en tanto que verdadero elemento infernal: "El sol es sólo una bocanada de fuego en todo lo de la costa. Ha dejado de ser el astro, arriba, y se ha vuelto, fuera de la sartén achicharrante del cielo, una enorme masa incandescente en que se funden todos." (21) De cara a semejante zona tropical que acusa elevado grado de abandono, la reacción de una mujer, Victoreana, cobra una dimensión dramática que no puede menos de apelar a una revisión política profunda: "Con licencia voy a encender esta mi chenca, yo humo puro. En la costa todos humamos. Hay que espantarse los zancudos y el aburrimiento."(22)

En esta realidad — que refleja con mucha amargura el escritor es donde pervive, intacta, lo que se podría llamar el *alma* guatemalteca. Esta se trasluce, primero, en una verdadera cultura popular cuya vigencia no puede ser más vivaz en tal situación política. Ilustraciones de dicha cultura son por ejemplo el pajarero Roncoy Domínguez que es analfabeto como otros tantos guatemaltecos pero que tiene un comercio bastante floreciente en lo de la "plumífera mercancía"(23) por haber conservado un procedimiento comercial que se remonta a los mismos mayas: "No sabía leer, contaba con los dedos, pero en lo de hacer cuentas con granos de

maíz para no dejarse robar de las personas que le mercaban las existencias canoras era maestro. Ni dejarse robar de éstos ni robar él a los indios cobanes que le traían los pájaros de la montaña." (24), o también las recetas de medicina popular que sobreviven primero por su eficacia milenaria, segundo por el muy bajo poder adquisitivo del pueblo en general que recurre por consiguiente casi nunca a la asistencia médica oficial. Contra los ataques de nervios conviene confeccionar la preparación siguiente: "En el hueco de la mano izquierda deshacía la esposa de Piedrasanta unas hojitas de ruda...Ahondó el cuenco y con los dedos de la mano derecha las molió en séguida. Luego aplicó esa masita verde a las narices y aspiró el aroma dormido de la ruda. Ya en las sienes tenía dos rodajas de papa cruda y ya se había bebido una tisana de pericón y manzanilla, con su pizca de bicarbonato, algo le dolía la boca del estómago. Y ya podía hablar, sin que le agarrara la saltadera de los nervios..."(25) En las relaciones que mantiene con la naturaleza el pueblo desvela toda una red de aproximaciones, hasta de complicidades, que en absoluto son racionales, cartesianas (!): evidencian una mentalidad que descansa mucho en lo sagrado y en lo religioso. A este respecto Miguel Angel Asturias advertía en 1968 en una conferencia: "La naturaleza en América no ha sido vencida por el hombre y ésta sigue siendo superior al hombre. Es el hombre, simplemente un accidente en medio de la pampa, en medio de la selva, en medio de los Andes. Es decir, que es distinta la novela europea en el sentido de que aquí, vosotros, ya habéis dominado a la naturaleza. Vosotros ya sois dueños de la naturaleza. No es la Naturaleza la que os manda sino es la naturaleza la que os obedece. Esta es una de las primeras características y por eso diferencia nuestra novela de la europea."(26)

Dos ejemplos, entre varios, pueden llamar la atención, en los que se pone de manifiesto una concepción antropomórfica del universo en el que todo está dotado de *ánima* y en el que existe una comunicación total y también una comunión global. La Consusino sale de su fonda con una palangana llena de agua: "...la regó frente a la fonda, ahora que el sol empezaba a subir de la acera a la pared. Era un secreto. A la tierra no le disgustaba el aguardiente, pero no el que se guarda en las botellas, sino el que ya probó jeta de hombre, y por eso hay que darle a beber el agua en que se lavan las copas con residuos de licor y babas de briago, antes que apriete la fuerza del sol. Si se hace así todos los días, la tierra que es humana, lo devuelve agradecida, pues como "sembrar milpa de bolos", éstos se multiplicarán en el negocio igual que si brotaran del suelo..."(27) Tras una larga oración deprecatoria acompañada de tres reverencias al sol y de tres "rociadas sacramentales" de la tierra, acaba apostrofando a las dos potencias místicas susceptibles de proporcionarle clientes en su fonda, ritualizando así una súplica para procurar ganarse el

favor de éstas: "...el que nunca ha levantado el codo, lo levantará, si tú quieres, tierra, si tú quieres, sol, padre y madre de la caña de azúcar de donde sale el Todo-poderoso Señor!"(28) El nombre de los cerros de la región montañosa de Cerropóm — "el cerro-guerrero", "el cerrobrujo"(29) — es otro rasgo de dicha mentalidad para la cual estas potencias telúricas de apariencia humana gozan de una doble naturaleza: una imponente mole pétreo personificada, animada por una especie de genio que interviene en los asuntos humanos y cuya simpatía importa conciliarse.

Calando un poco más hondo en esta mentalidad, es obvio que en sus relaciones cotidianas los seres humanos en general se valen de prácticas mágicas para alcanzar el fin que pretenden. Malena Tabay, maestra de escuela, recurre a una operación de magia blanca — mediante un objeto idóneo — para que su amante — a quien acaba de despedir con brusquedad — regrese muy pronto: "Juan Pablo!...; Juan Pablo!... — sigue tu voz retumbando en el hueco de la tinaja y una como seguridad de que él te escucha alivia tu desasosiego, tu desesperación, mientras gritas su nombre con los labios sedientos a la boca del recipiente de barro que tiene orejas finas de animal, trasero de ídolo y redondez lunar."(30) Secundada por dicho objeto sagrado previsto para desempeñar tal función en los casos de amores contrariados, termina su ritual la protagonista lanzando un auténtico ensalmo que remata este acto de encantamiento, solicitando el auxilio de los cuatro elementos primordiales, tutelares.—¡ Tinaja!...¡ Tinaja! ...Di las palabras del ensalmo: Por la tierra de que estás hecha, por el fuego que te quemó, por el agua que te colmó, por el aire de mi voz que ahora te llena con el nombre del hombre que quiero que regrese, no le dejes paz hasta que vuelva, que no resista al llamado de la tierra, el fuego, el agua, y el aire..."(31)

Otra mujer, Clara María, la querida del capitán Pedro Domingo Salomé, se cree víctima de un acto de embrujamiento perteneciente a la magia negra, destinado a separarla de su amante. Como en todo *escenario* de comportamiento denominado *primitivo*, acude la protagonista a la bruja, la Tonina Sansinar, para que se lo confirme: "Sólo dos cosas nos emprestan cuando nacemos: el alma y el *tono* — le comenta ésta —, y de estas dos cosas, el *tono* es más nuestro que el alma y te voy a explicar por qué. El alma se acobarda al sentir llegar la muerte y se vuela, se va, se desaparece antes de enfriarsenos la carne. El *tono*, en cambio, persiste, se queda con nosotros, porque el *tono*, para que lo sepas de una vez, es el olor de animal que tenemos; cada cristiano huele a un animal distinto y ese olor es su *tono*... Y eso es, criatura, lo que te han hecho a vos, *tono* de muerto con las cenizas que han regado abajo, en la rendija de la puerta, por donde ya no entraron,...el aire, la luz, el sol, sino lo podrido, lo engusanado, lo petrificado, la animalidad hecha polvo

de los pobres difuntos ...; Deducí, entonces, que estás como si te hubieran pintado el cuerpo con cal de muerto!; Comprendé que lo que te han untado encima es *tono* de finado y siquiera de uno, de muchos, de muchos finados! Si fuera de uno, tendrías cura; hay *contras* para el caso de saberse de qué difunto es el *tono*; pero así como te hicieron a vos el mal, sólo con sangre o con fuego, y evita que te vayan a seguir regando tierra de cementerio frente a la puerta, porque si no, ni vos vas a contar el cuento; pues tras arrebatarte al hombre, te van a quitar la vida.” (32) Después de oír esta confirmación que introduce de modo muy claro la noción de mancha e implica necesariamente también el remedio que se impone para quitarsela de encima, Clara María no tiene más salida que proceder a una purificación mística, o a una desinfección mística consistente en hacer que se borre la mancha, que quede neutralizada, y que todo vuelva a un estado primigenio, immaculado. Aniquilará, pues, al agente de la maldición; no tiene más remedio: “Arañarlo, morderlo, acuchillarlo, machetearlo con una cuma que le servía en la cocina, hasta sacarle la colorada, y lavarse con su sangre el *tono* de los muertos.”(33)

* * *

La escritura de Miguel Angel Asturias, si — como acabamos de comprobarlo — se quiere *reflejo* de una realidad múltiple, compleja, *documento* pues, es también un medio de *protesta*, de *denuncia*: “La novela europea ya no es una novela de protesta ni de documento — declara el autor en una conferencia —. La nuestra, sí... Se protesta por la injusticia en las minas; por la injusticia en las plantaciones; por las injusticias con las clases indígenas. Y todas estas injusticias van determinando el que en nuestros libros aparezca una humanidad doliente.”(34) Con lo que Miguel Angel Asturias pone de realce su *compromiso* en tanto que escritor. Este compromiso totalmente al servicio de *lo hispanoamericano*, es ante todo de índole fundamentalmente antinorteamericana: muy a menudo, no hay que negarlo, roza con lo caricaturesco. Las imágenes de los gringos — palabra peyorativa con la que se abre la obra — que nos proporciona el autor son sistemáticamente negativas. Se desinteresan, primero, del país en donde están encuartelados, “todos ajenos a lo que pasaba alrededor de ellos en aquel país, totalmente ajenos, aislados en la atmósfera extraterritorial de su poderosa America” — comenta.(35) La única conducta que parecen seguir es, nada más salir de su base militar, armar una juerga en cualquier parte que estén: “El pelotón de la policía militar... empezó a cargar con los titanes que salían arrastrando los enormes pies, llevados de los musculosos brazos, las cabezotas rubias colgando, como peroles de miel. A los más ebrios los alzaban del suelo, a donde habían caído en

la lucha sin poderse levantar, y los sacaban en vilo hasta uno de los camiones que noche a noche, al igual que los carros municipales de basura, recogían de los bares, cantinas, clubs, fondas y burdeles, a sus borrachos.”(36) Y en estas circunstancias no era de esperar que la visión, la concepción que tiene el autor del pueblo que vive en Norteamérica fuera más benévola, todo lo contrario: éste, para él, encarna una subhumanidad básicamente debilitada: “...la gente es como producto en conserva. Manos sin misterio, pulidas, desinfectadas, llevarían la fruta tropical a bocas de dentaduras cepilladas con dentríficos espumosos y de la boca, por gargantas sin amígdalas, a estómagos de animales casi vegetales.” (37)

En Guatemala los norteamericanos lo corrompen todo según el escritor que no omite cuestionar todas las aportaciones de la civilización estadounidense, que sea esa “música intestinal salida del vientre ilusionado del gran aparato de colores chillones, excremento resonante con todos los filos del chirrido” (38), o su concepción urbanística: “Si los viejos tallados a la antigua en puro roble, no nos acomedimos a salvar las flores y a los pájaros, aquí donde todo se volvió cemento armado y hierro, ¿qué va a quedar del mundo..?” pregunta el señor Nepo.(39)

Tal *apego a la tierra* va a ser, al fin y al cabo, la mayor preocupación de este libro, preocupación que surge con la presencia de los norteamericanos sobre el suelo guatemalteco. En efecto como dijimos al principio Jorge Ubico les concedió muchas extensiones de tierras sin importarles la muerte de sus propios dueños indígenas, ya que estaba en deuda con aquéllos: “...empezó la gran compañía robándoles las tierras, quemándoles los ranchos, matándoles los pocos animales que tenían...” (40) La que sufrió semejantes exacciones fue la mulata Anastasia que tuvo que huir de la casa de sus padres hacia la capital donde se convirtió en una pordiosera: “Lo que por segunda y última vez hizo rechinar los dientes... al arrugado don Sixto Pascual...fue el nombre de la mulata Anastasia, a quien don Nepo, amigo de poner las cosas en su lugar, citaba como testigo de las barbaridades cometidas en la Costa Atlántica, para arrebatar las tierras a los campesinos y formar esas grandes plantaciones. Los arrojaban de sus chozas a punta de bayoneta y latigazos, al darse cuenta de que el oro mellaba su poder de corrupción en la voluntad de los que no querían deshacerse de lo suyo, suelo regado por el sudor de sus padres y lo único que tenían para sus hijos. Se puso oído sordo a las protestas de las municipalidades, se legalizó el despojo con decretos inconstitucionales y se diezmó a los hijos del país, ahogándolos en el río Motagua o en el servicio militar, cuando empezaban a convertirse en rivales peligrosos para la producción de fruta.”(41) Su hermano, Juambo, a su vez completa las informaciones comunicadas por su hermana, poniendo mucho énfasis en su tragedia familiar: “Su padre murió jalando fruta. Morir así un hombre

que tuvo su conqué, sus tierras heredadas de sus mayores y abuelos en la costa atlántica...morir sobre un vómito de sangre bajo el peso aplastante del racimo de bananos, embrocado como una bestia inútil, palúdica, vieja, embrocado sin poder levantarse más, restregando en su propia sangre la inmensa herida muda de su boca.”(42)

Las condiciones laborales que conocen los trabajadores en esas plantaciones son desastrosas, infrahumanas ya que para los de la Compañía sólo cuenta el rendimiento en los plataneros y el transporte rapidísimo de la fruta a los muelles costeros: “...el inmenso mar de los bananeros alimenta por ríos de racimos los mercados del mundo, — advierte el autor. Pero, ¿cómo salen esos ríos de fruta prodigiosa? ¿ por dónde cruzan sus aguas?... Corren sobre cauces humanos, jadeantes, desnutridos, con el cabello sin cortar pegoteado a la frente, a la nuca, a las orejas. El tiempo no se completa nunca. Los “time-keepers” impasibles. El que se cansa se desploma. Nadie habla. Un seco vacío de cueva les aísla de todo. Sólo de la carga, no. La carga los pega a lo que son, bestias de carga.” (43) El único refugio que les queda a estos jaladores es el alcohol, pero ya no a modo de compensación — con lo que la tragedia humana que están viviendo reviste un doble grado de horror: “Y ¿ que quiere usted, mi amigo, que haga la gente que trabaja como animal todo el día, cuando ha dejado de trabajar?, beber... — le pregunta Piedrasanta al Comandante Bostezo —. ¡ Ay, Comandante, pero usted no se imagina como beben! ¡Beben en cantidades que sólo uno que está en el negocio éste, aquilata! Es la desesperada. La pura desesperación. Sin una chispa de alegría, sin gusto...Por aniquilarse...” (44)

Desgraciadamente estos hombres — si es que se les puede llamar así — no son los únicos en aguantar esas pésimas condiciones laborales; en donde mandan los norteamericanos se tiene en menos la dimensión humana: “Pasaron de largo por el campamento de los “huataleros”. Descansaban embrutecidos de fatiga, sobre la tierra plana, sin cerrar los ojos, para darse cuenta que vivían o apretando los párpados para borrarse la existencia. Estaban allí de domingo para trabajar mañana. No era domingo el suyo, sino espera de trabajo. No dormían. La modorra les rellenaba el hondón de la conciencia.” (45) Y si movidos por un arranque extraordinario de profunda desesperación, se amotan, se sublevan, deciden no seguir trabajando si no obtienen aumento de jornal, la represión no se hace esperar y corre la sangre: “De estos muelleros animalizados por lo bestial del trabajo, la falta de vivienda y el poco alimento más el paludismo, mugrientos y haraposos, salió un remolino de voluntad y rebeldía que no se supo cómo, ni dónde, ni a qué horas comenzó y que fue tomando y tomando proporciones hasta paralizar el puerto.”(46) La Bananera, ni que decir tiene, no escatima medios para que este movimiento de rebeldía quede

aniquilado cuanto antes: llega un tren militar de la capital a la costa atlántica, atiborrado de soldados a cuya cabeza está un general que habla inglés (¡!). Se produce una masacre en la que participan activamente las ametralladoras: "El general con ayuda de sus anteojos de campaña seguía los detalles desde un coche-salón, convertido en su cuartel general, con mesas llenas de botellas de whisky y divanes con hembras en cueros. Seguía atentamente el humo o los humitos que entre las arboledas y los ranchos señalaban los sitios en que sus fuerzas acababan con la población en señal de castigo, mientras sus dedos desensortijaban el vello de los pubis..." (47)

Esta situación de explotación, de decadencia humana originada por la estrecha colusión entre el gobierno y los norteamericanos, parece pues insoluble, sin posibilidad de mejora. Pero el escritor que pretende hacer coincidir su relato con el período de la dictadura de Jorge Ubico que se acaba por el derrocamiento del déspota, ha de imaginar una instancia narrativa que se encamine hacia este fin. Recurre naturalmente a un protagonista para impulsar un movimiento encauzado hacia el derrumbamiento de todo el sistema de explotación del pueblo guatemalteco. ¿Quién es? Se llama Octavio Sansur. Nace en el barrio de los ceniceros de la capital; sus padres, paupérrimos, mueren de viruela, más bien de alfombrilla, cuando el pequeño Octavio tiene pocos años de edad. Lo iban a llevarlo al hospicio cuando afortunadamente al pobre huérfano lo recoge una señora que le sirve de madre. Esta, Magdalena Angela Cenobia Cañiz, más conocida bajo el nombre de Juana Tinieblas, es una echadora de cartas muy famosa, cuyas consultas se realizan siempre bajo la advocación de la "Panegríca", una lechuza. Esta mujer que es, en resumidas cuentas, la segunda madre de Octavio, le da su verdadera identidad bautizándolo Octavio Sansur, por ser sus padres del pueblo que lleva este nombre, y le inculca un principio de vida que, de cierto modo, animará — en el sentido propio de la palabra — al muchacho en todas sus acciones venideras: "Aquí conmigo, — le dice — vas a estar mejor que en el hospicio,...porque en el hospicio tienen el mal de enseñar a ser humilde a la gente y para mí la gente humilde es lo mas inútil que hay. Humildes y rezadores, que es como decir haraganes. Y los mantienen con hambre. Aquí, conmigo, eso sí que no. Vas a comer bien. Juana Tinieblas me llamó, no Juana Hambrosía."(48) Cuando adolescente, gracias a Juana, entra de aprendiz de peluquero en una de las mejores peluquerías de la ciudad. El operario más joven, un tal Daniel Mondragón, le aprende a leer a partir de los titulares de los periódicos. El primer libro que lee lleva por título *Los credos libertadores*; después se apasiona por la Revolución francesa y por la figura de Marat, el "Amigo del Pueblo". El primer artículo que escribe se titula: "Marat y el proletariado moderno." Y sigue leyendo y sigue escribiendo.

El año en que lee *El 93* de Victor Hugo — que es la epopeya de la revolución francesa — muere Juana Tinieblas de "pálpitos indostánicos"; él enferma y al recobrar la salud podemos decir que se ha convertido en un *adulto totalmente autónomo*. Abandona su segundo hogar y con unos cuantos trastes y sus libros se instala en una pieza de la Avenida de los Arboles. Tras pasar en ésta toda la primera noche leyendo **Las mentiras convencionales** de Max Nordau, ebrio de ideales generosos, se abalanza sobre el pajarero Roncoy Domínguez cuya tienda está situada al otro lado de la calle, le da un pufletazo que hace rodar al mercader por el suelo, luego un puntapie que le deja exánime, abre luego todas las jaulas cantando "que el día de gloria había llegado" — entonando, pues, la famosa Marsellesa.⁽⁴⁹⁾ Octavio acaba de ejecutar su primer acto revolucionario, invocando la libertad, "la santa libertad" ⁽⁵⁰⁾.

Tras evocar el *itinerario* del protagonista en sus fases más características, no tenemos dificultad alguna en darnos cuenta de que Miguel Angel Asturias reanuda — consciente o inconscientemente — con la figura arquetípica del Héroe mítico por excelencia: remitámonos particularmente al respecto a los trabajos del formalista ruso Vladimir Jakovlevitch Propp⁽⁵¹⁾ y también a los del psicoanalista suizo Carl Gustav Jung⁽⁵²⁾. A partir de esta primera identificación externa, el héroe, que ha pasado por varias fases iniciáticas, va a lanzarse al combate contra los opresores para que se restablezca la justicia y que se cierren los ojos de las víctimas de la opresión que hasta ahora no han conseguido el sueño eterno. Octavio Sansur — que se hace llamar Juan Pablo Mondragón como recuerdo de Marat y del operario de la peluquería —, desde entonces va a cobrar la dimensión del héroe justiciero y si, cuando la busca de su ideal, se le oponen resistencias, fuerzas contrarias, se pondrán a su servicio toda una serie de *adyuvantes* que, cada uno a su vez, contribuirán a su lento caminar hacia la victoria final. Cuando fracasa la maquinación que ha urdido con unos compañeros para acabar con la vida del Presidente, lo persigue la policía, pero no lo captura. Escapa de las garras policiales dado que pocas horas antes de que se realice la redada huye del campamento caminero de Entrecerros — donde desempeña el cargo de jefe —, "como atraído por un imán lejano, una fuerza que lo sacó de allí y se lo llevó a otra parte."⁽⁵³⁾ No cabe duda de que lo ampara una *potencia* misteriosa que hay que colocar dentro de aquel mundo que evocábamos antes. Como anticipándose a los acontecimientos, tal potencia que actúa como "el destino en forma de animal"⁽⁵⁴⁾ le revela la presencia de un subterráneo ocultado por matorrales, como si quisiera indicarle ya un lugar seguro donde cobijarse. Cuando, tras el complot fallido, lo buscan en Cerropóm patrullas registrando casas, escuelas, etc., él está a salvo bajo el follaje de un frondoso sauce cercano al cementerio, cuyas raíces penetran en las tumbas

próximas. Allí duerme y sueña que le cae encima una lluvia de ojos humanos, "sin pestañas, sin párpados, fuera de sus órbitas, separados de sueños y visiones."⁽⁵⁵⁾ Al despertar se entera de que las *imágenes hipnagógicas* de su sueño — generadas por un estímulo exterior — son un mensaje que le dirigen los muertos despojados de sus tierras que no han conseguido el reposo eterno, para encargarle la suprema misión de restablecer la justicia y para que por fin puedan cerrar los ojos y por ende realizar su deseo más vehemente: "...los ojos eran hojas, las hojas del sauce que disimulaba en apariencias vegetales, los cientos, los miles de ojos humanos que colgaban de sus ramazones llorosas. Sembrado en el cementerio sus raíces penetraban en los cráneos vacíos de las caras óseas y extraían el mirar de los que ya no veían en forma humana, sino vegetal, de los que ya no tenían ojos, sino hojas."⁽⁵⁶⁾ Queda, pues, encargado de una misión el héroe, misión transcendental por supuesto, pero difícil de llevar a cabo en el contexto histórico contemporáneo. Pero las vacilaciones, las incertidumbres que podía tener se disipan acto seguido. Amen de percatarse de su dimensión heroica, de que es un ser elegido y reconocido, capta — mediante los signos que detecta alrededor suyo, que la misma naturaleza le rinde un a modo de homenaje y que por consiguiente ostenta su voluntad de venirle en ayuda: "Se quedó pasmado. Rodillas de cordilleras. La tierra de hinojos."⁽⁵⁷⁾ Con lo que se libra de las persecuciones de que es objeto y lanza la idea de una huelga general, idea totalmente inaudita y que deja bastante escépticos a no pocos que comparten su ideal de justicia: "Todos los que trabajamos nos vamos a quedar parados a la hora O de un día que no se sabe todavía qué día será, — le dice Damiancito a don Nepo —, y no vamos a trabajar mientras no se aumente la paga, se hagan más poquitas las horas de trabajo, y no sé qué más cosas..."⁽⁵⁸⁾, a lo cual le contesta su interlocutor: "¿ Y con eso pretende palanquear el supremo gobierno?...pues querer botar al gobierno sin armas, ¡ ja!, ¿dónde se ha visto?"⁽⁵⁹⁾. Le incumbe pues al héroe una tarea inmensa, pero exaltante, que le va a exigir mucho tiempo: educar, concienciar, políticamente, a cuantos viven bajo la opresión y sobre todo al mismo pueblo — empezando a inculcarle el sentido de la solidaridad, casi desconocido ⁽⁶⁰⁾.

Animado por este objetivo el protagonista se hará cenicero para acercarse a los más humildes de la capital a la par que, ayudado por algunos, construirá una máquina de imprimir artesanal para difundir libelos y propagar la idea de la huelga por todo el país y sobre todo por las dos costas donde se encuentran las más altas densidades de trabajadores. Pero de inmediato tropezará con un obstáculo de tamaño: el analfabetismo galopante — lo que tranquiliza a los adictos al poder: "¿ Hojas sueltas y huelga general en un país de analfabetos — pregunta Piedrasanta. — ¡ No me hagan reír!..."⁽⁶¹⁾ Pero mediante una lenta labor de hormiga el mensaje se difundirá

por el país; Octavio Sansur se trasladará a Tiquisate y tras acaloradas discusiones con los trabajadores de las plantaciones, fundará el Sindicato de los Trabajadores de Tiquisate ⁽⁶²⁾ que en adelante negociará con Bananera. En la capital son los estudiantes, los maestros, los funcionarios, los que encabezarán el movimiento y pedirán la renuncia a *la fiera*. Por fin se coordinarán las acciones de los trabajadores de ambas costas, que conllevará la derrota del dictador: "Nace una nueva política en nuestro país, la de las masas revolucionarias" exclama entusiasmado el héroe.⁽⁶³⁾

* * *

Con esta obra Miguel Angel Asturias reanuda con las grandes epopeyas de liberación nacional: mito e historia son complementarios de una amplia trayectoria — no exenta de altibajos — encaminada hacia la restitución de su patrimonio a un pueblo totalmente deshumanizado por la sed inextinguible de provechos, de beneficios de unos cuantos que apoyan el imperialismo norteamericano. Oscilando entre el realismo mágico que destila mucha poesía y el adoctrinamiento revolucionario, Miguel Angel Asturias no deja de portarse, en resumidas cuentas, como un gran *vates americano*, es decir como un *gran inspirado*.

Christian Manso
Université de Pau

NOTAS

(1) Guatemala consigue su independencia el día lero de julio de 1823. Desde aquel entonces menudean las dictaduras: la del general CARRERA, la del general JUSTO RUFINO BARRIOS, la del Licenciado ESTRADA CABRERA, la del general JORGE UBICO.

(2) En 1906 se registra la primera concesión guatemalteca a la U.F.C. en la costa atlántica, bajo el mandato de Estrada Cabrera. Entre 1930 y 1931 son nuevas concesiones en la costa atlántica y en 1934 son nuevas concesiones en la costa pacífica.

(3) Asturias Miguel Angel — **Los ojos de los enterrados**, Editorial Losada S.A., Buenos Aires, 1967, p.157.

(4) "Su fiereza es tan descomunal que hacia temblar a las fieras en el jardin zoológico". *Ibid.* p.187.

(5) *Ibid.* p. 12.

(6) *Ibid.* p. 20.

(7) *Ibid.* p. 20.

(8) *Ibid.* p. 34.

(9) *Ibid.* p. 34.

(10) *Ibid.* p. 35.

(11) **Introducción a la novela latino-americana** por Miguel Angel Asturias. **Hommage de l'Université de Strasbourg à Miguel Angel Asturias**, 9 octobre 1967, in **TILAS VIII**. Strasbourg, 1968.

(12) Cf. **EUROPE**. Revue littéraire mensuelle, "MIGUEL ANGEL ASTURIAS", Mai/Juin 1975, n° 553-554, Paris. p.210.

(13) Cf. "**TILAS**" VIII.

(14) **Los ojos...** p. 57.

(15) *Ibid.*, p. 214.

(16) *Ibid.*, P. 73.

(17) *Ibid.*, p. 92-93.

(18) *Ibid.*, p. 101.

(19) *Ibid.*, p. 232.

(20) *Ibid.*, p. 357.

- (21) *Ibid.*, p. 248.
- (22) *Ibid.*, p. 238.
- (23) *Ibid.*, p. 78.
- (24) *Ibid.*, p. 78.
- (25) *Ibid.*, p. 299. Cf. también cómo hay que curar al que se dió a la bebida (p. 364), etc.
- (26) Cf. **TILAS VIII.**
- (27) **Los ojos...**, p. 37-38.
- (28) *Ibid.*, p. 38.
- (29) *Ibid.*, p. 135.
- (30) *Ibid.*, p. 122.
- (31) *Ibid.*, p. 123.
- (32) *Ibid.*, p. 459,
- (33) *Ibid.*, p. 459.
- (34) Cf. **TILAS VIII.**
- (35) **Los ojos...**, p. 8.
- (36) *Ibid.*, p. 52.
- (37) *Ibid.*, p. 296.
- (38) *Ibid.*, p. 18.
- (39) *Ibid.*, p. 48.
- (40) *Ibid.*, p. 50.
- (41) *Ibid.*, p. 29.
- (42) *Ibid.*, p. 218.
- (43) *Ibid.*, p. 245.
- (44) *Ibid.*, p. 264.
- (45) *Ibid.*, p. 289.
- (46) *Ibid.*, p. 324.

(47) *Ibid.*, p. 326.

(48) *Ibid.*, p. 75.

(49) *Ibid.*, p. 81.

(50) *Ibid.*, p. 81.

(51) PROPP, Vladimir Ja — **Morphologie du conte**, Bibliothèque des sciences humaines, N.R.F. Editions Gallimard, Paris, 1970.

PROPP, Vladimir Ja — **Les racines historiques du conte merveilleux**, Bibliothèque des sciences humaines, N.R.F. Editions Gallimard, Paris, 1983.

(52) JUNG, C. G. — **Métamorphoses de l'âme et ses symboles**, Librairie de l'Université, Georg et Cie, S.A., Genève, 1973.

(53) **Los ojos...**, p. 137.

(54) *Ibid.* p., 115.

(55) *Ibid.* p., 146.

(56) *Ibid.* p., 147.

(57) *Ibid.* p., 147.

(58) *Ibid.* p., 201.

(59) *Ibid.* p., 201.

(60) *Ibid.* p., 206.

(61) *Ibid.* p., 268.

(62) *Ibid.* p., 433.

(63) *Ibid.* p., 484.